

TRIBUNA ABIERTA

José Antonio Cerdón (*)

Leemos más, entendemos menos: la paradoja de PISA



El autor reflexiona sobre el efecto de la falta de atención y la Inteligencia Artificial en los jóvenes su reflejo en el informe PISA

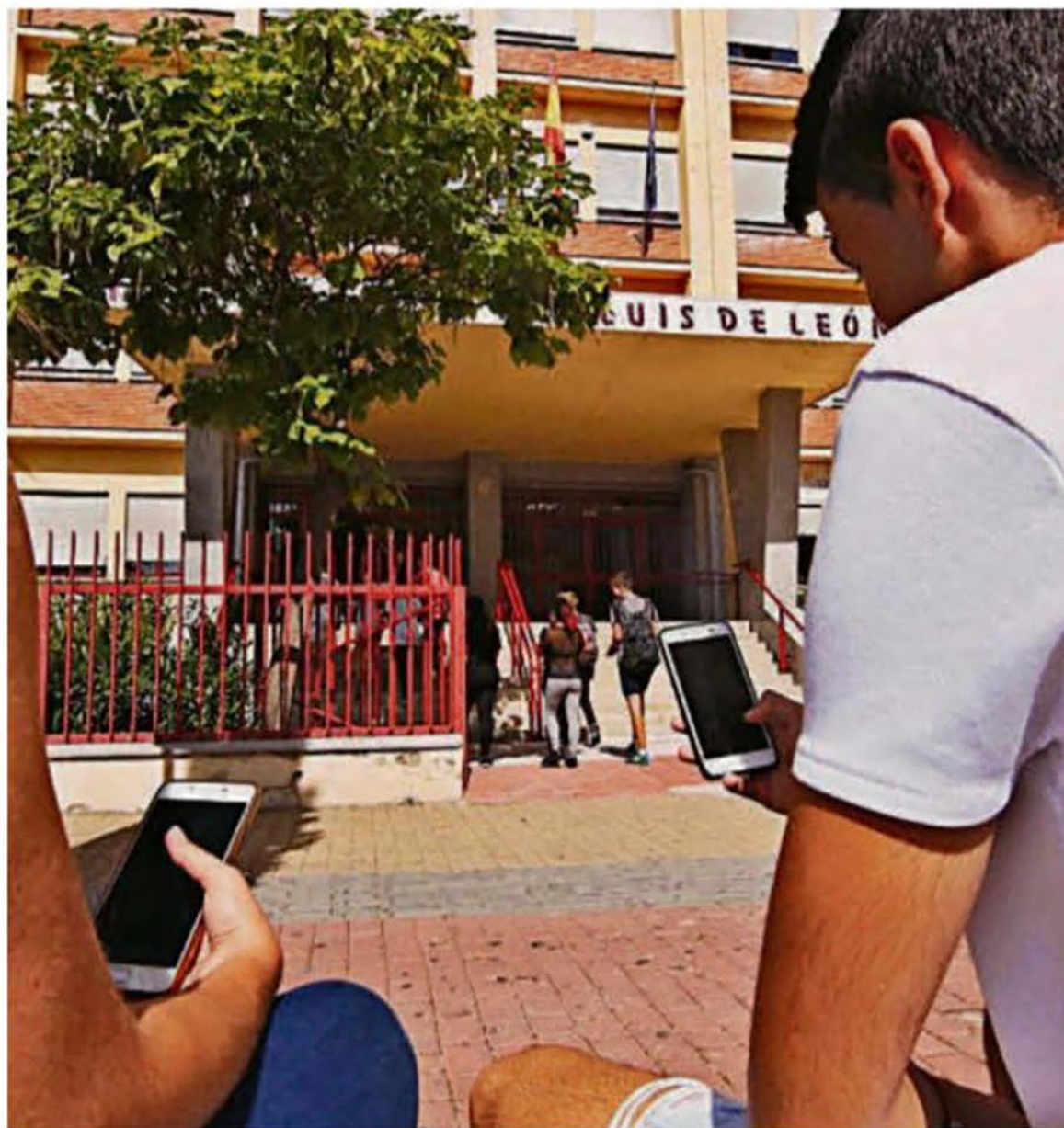
Nunca habíamos tenido tantas palabras a nuestro alcance. Cada adolescente lleva en el bolsillo una biblioteca potencialmente ilimitada: periódicos, enciclopedias, novelas, conversaciones, instrucciones, noticias y millones de páginas capaces de responder en segundos a casi cualquier pregunta. Y, sin embargo, pocas veces había resultado tan preocupante nuestra capacidad para detenernos ante esas palabras, relacionarlas y comprender lo que verdaderamente dicen. La paradoja de nuestro tiempo podría formularse así: cuanto mayor es la cantidad de información disponible, más difícil parece prestarle la atención necesaria para convertirla en conocimiento.

Los resultados de PISA 2025 obligan a tomarse esta paradoja en serio. España obtuvo 451 puntos en comprensión lectora, frente a los 474 de 2022, y quedó por debajo tanto de la media de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos como de la Unión Europea. Es uno de los registros más bajos de nuestra participación en el programa. Apenas el 2 % de los estudiantes españoles alcanza, además, los niveles superiores de competencia lectora.

La explicación más inmediata consiste en repetir que los jóvenes ya no leen. El problema es que los datos dicen otra cosa. El Barómetro de Hábitos de Lectura y Compra de Libros en España 2025 señala que el 76,9 % de las personas entre 14 y 24 años lee libros por ocio. Es el grupo de edad con mayor proporción de lectores del país y el porcentaje ha aumentado durante los últimos años.

¿Cómo es posible entonces que aumenten los lectores y disminuya la comprensión lectora?

Leer no consiste solamente en descodificar palabras ni en encontrar rápidamente una información. Comprender un texto complejo exige mantener durante un tiempo lo leído en la memoria, relacionar informaciones distantes, realizar inferencias, advertir contradicciones, distinguir una afirmación de las pruebas que la sostienen, identificar la posición de quien escribe y eva-



Dos jóvenes miran su teléfono móvil frente al instituto. ALMEIDA

luar la fiabilidad de una fuente. Todo ello necesita algo que ninguna tecnología puede multiplicar indefinidamente: atención. Y sabemos desde hace mucho tiempo que la abundancia de información origina pobreza de atención. Vivimos en una economía en la que miles de contenidos compiten permanentemente por unos minutos cada vez más limitados. Notificaciones, mensajes, vídeos breves, titulares, recomendaciones algorítmicas y actualizaciones convierten nuestra atención en un recurso económico extraordinariamente valioso. Por eso probablemente los adolescentes leen hoy más palabras que cualquier generación anterior. Pero leer constantemente no significa necesariamente entrenarse para leer profundamente.

Una cosa es desplazarse por una sucesión de fragmentos y otra permanecer veinte minutos dentro de un mismo razonamiento. Una cosa es localizar una respuesta y otra reconstruir el argumento que permite justificarla. Una cosa es reconocer información y otra evaluarla críticamente. Sería demasiado sencillo res-

ponsabilizar exclusivamente a las pantallas. La investigación no permite reducir el problema a una oposición entre impreso bueno y pantalla mala. El soporte importa, pero también el tipo de texto y, sobre todo, las interferencias que la acompañan. La evidencia reciente muestra que la distracción y la multitarea en entornos digitales pueden perjudicar de manera apreciable la comprensión.

Y en este escenario ha aparecido una tecnología cualitativamente distinta: la inteligencia artificial generativa.

Se trata de herramientas capaces de ejecutar algunas de las operaciones que tradicionalmente acompañaban al aprendizaje: resumir una lectura, explicar un concepto, organizar argumentos, redactar un texto o producir directamente una respuesta. PISA 2025 ofrece un dato particularmente significativo: en España, cuatro de cada diez estudiantes afirman utilizar la inteligencia artificial para resumir textos que debían leer y un tercio la emplea para redactar trabajos. Si exploráramos el ámbito universitario, el resultado se-

ría descorazonador.

Esto no demuestra que la inteligencia artificial sea responsable del deterioro de la comprensión lectora. Sería intelectualmente irresponsable afirmarlo y, usada adecuadamente, puede aportar grandes beneficios a la docencia, la investigación y al sistema educativo en su conjunto. Pero sí obliga a formular una pre-

“Cuanto mayor es la cantidad de información disponible, más difícil parece prestarle la atención necesaria para convertirla en conocimiento”

Tal vez la gran pregunta que nos plantea la IA no sea si conseguirá pensar como nosotros. Es más incómoda: ¿acabaremos pagando para que se nos evite pensar?

gunta que no se puede eludir: ¿qué ocurre cuando delegamos precisamente aquellas operaciones cognitivas mediante las cuales aprendemos a comprender?

Porque resumir no es únicamente obtener un resumen. Es decidir qué resulta esencial y qué accesorio. Redactar no es solamente producir un texto aceptable. Es ordenar el pensamiento, descubrir incoherencias, buscar una palabra exacta, desechar otra y comprobar si realmente hemos entendido algo. Leer un texto difícil tampoco consiste únicamente en llegar hasta su última línea. El esfuerzo necesario para comprenderlo forma parte del aprendizaje.

Quizá aquí resida uno de los desafíos más importantes de la inteligencia artificial. Durante siglos hemos inventado tecnologías para disminuir el trabajo físico y posteriormente para automatizar determinadas operaciones intelectuales. Ahora comenzamos a disponer de tecnologías capaces de ahorrarnos incluso el esfuerzo de comprender antes de responder.

Existe, sin embargo, una frontera que ninguna herramienta puede franquear por nosotros. Vivimos en la paradoja de que podemos pagar para no leer, pero no podemos hacerlo para haber leído. Se puede encargar un resumen, una argumentación o una respuesta; lo que no puede subrogarse es la transformación intelectual que produce haber recorrido personalmente el proceso que conduce hasta ellos. El desarrollo de la inteligencia propia exige atención y necesita tiempo. Ese tiempo no puede vivirlo nadie en nuestro lugar.

La ciudadanía crítica comienza cuando alguien es capaz de permanecer ante una página, comprender lo que afirma, preguntarse qué pruebas lo sostienen y negarse a aceptar como verdadero aquello que ha llegado más rápidamente.

Tal vez la gran pregunta que nos plantea la inteligencia artificial no sea si conseguirá pensar como nosotros. Es bastante más incómoda: ¿acabaremos pagando para que se nos evite pensar? Calderón de la Barca formuló, en La hija del aire, una sentencia memorable: «Yo era un tonto y lo que he visto me ha hecho dos tontos»; Rafael Alberti la recuperó siglos después y la convirtió en una divisa de la modernidad. A la luz de los resultados de PISA, la ironía adquiere ahora un sentido bastante menos inocente. Por primera vez, quizá, disponemos de una tecnología dispuesta a ayudarnos a conseguirlo.

(*) Catedrático de la Facultad de Traducción y Documentación de la Universidad de Salamanca